DESDE 8 AÑOS

El lugar más bonito del mundo

Ann Cameron

Ilustracion de cubierta Juan Ramón Alonso

Juan vive en Guatemala, tiene
siete años y ha sido abandonado
por su madre.
Acogido por su pobre abuela,
trabajará duramente como limpiabotas
para poder vivir.
Sin embargo, él quiere algo más:
desea aprender a leer.
Sólo gracias a su incansable interés,
será finalmente aceptado en la escuela.

ISBN 956-239-057-8






El lugar más bonito del mundo Ann Cameron ALFA



ALFAGUARA INFANTIL

El lugar más bonito del mundo

Ann Cameron

Ilustraciones de Thomas B. Allen



1

Me llamo Juan y vivo en las montañas de Guatemala. Hay tres enormes volcanes cerca de mi pueblo, que se llama San Pablo y que está rodeado de montes escarpados. En las empinadas laderas hay campos muy verdes: son las plantaciones de maíz, ajos y cebollas.

En los valles, los frutos rojos de los cafetales maduran a la sombra de grandes árboles.

Hay muchas flores en mi pue-

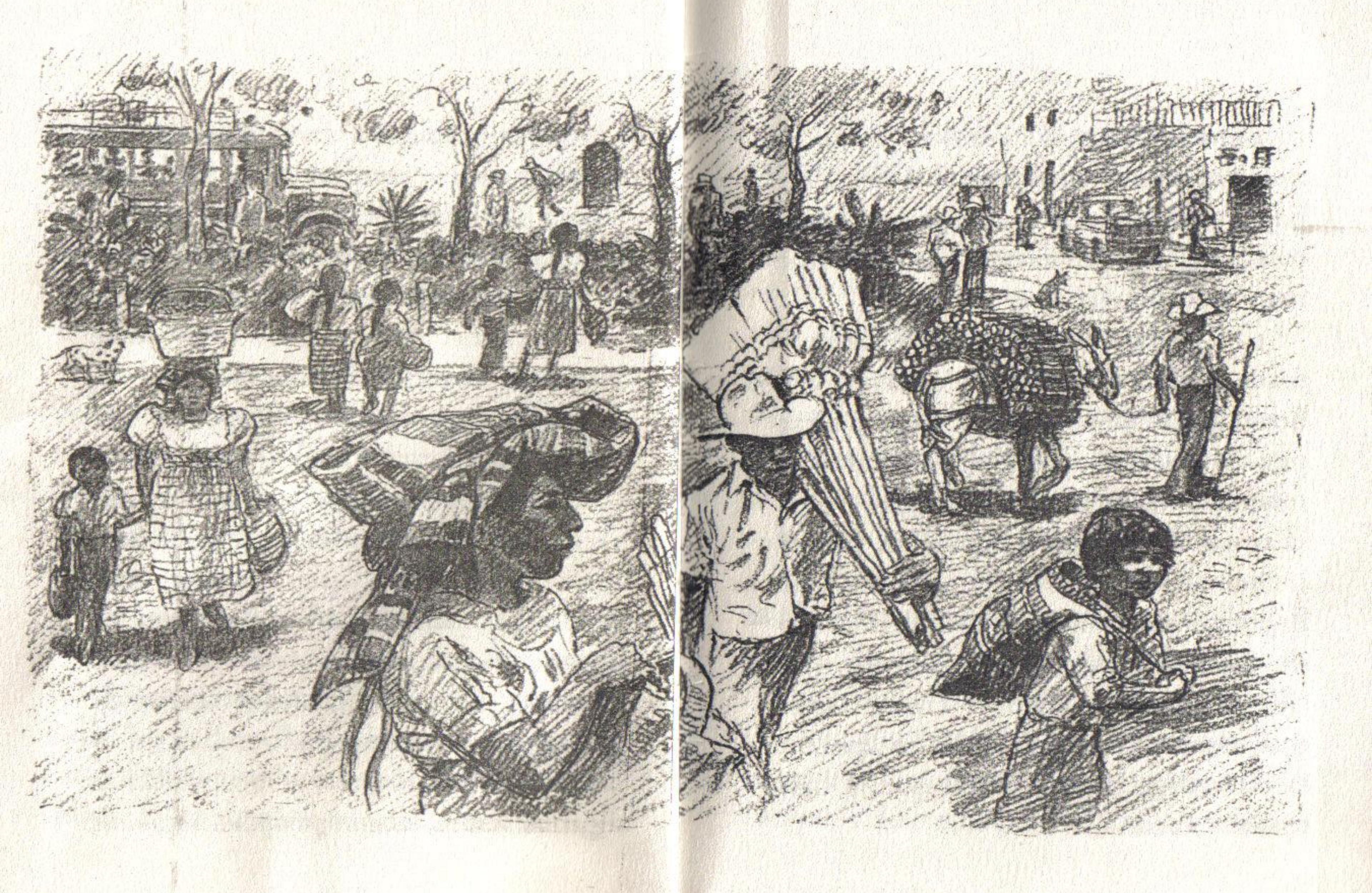
blo y muchas aves: águilas, oropéndolas, búhos, picaflores y bandadas de loros que se lanzan desde los árboles para robar nuestro maíz parloteando en esa lengua suya que sólo ellos entienden.

San Pablo está al borde de un gran lago y hay otros siete pueblos en sus orillas. La gente va de un pueblo a otro en lanchas con motor o en canoa. Hay una carretera, pero no es buena.

Nunca he ido a los otros pueblos, siempre he estado en San Pablo. En las noches tranquilas me gusta bajar hasta la orilla del lago y mirar las luces de las lanchas de los pescadores que se reflejan en las aguas oscuras.

Veo también las luces de los pueblos que están al otro lado del lago y las miles de estrellas que brillan allá arriba en el cielo. Y me parece como si cada una de estas luces me estuviera diciendo: «No estás solo. Nosotras estamos aquí contigo».

En San Pablo hay perros sin amo y polvo en las calles, muy pocos coches y sólo algunos autobuses que vienen de las grandes ciudades; hay unas pocas mulas que acarrean leña desde las montañas y hay mucha gente que también acarrea cosas: cántaros de agua, grandes cestos de pan o de verduras colocados en la cabeza, niños sujetos a la espalda y, algunas veces, hasta pesadas vigas de



madera llevadas al hombro. Todo lo que necesitan transportar. Como no hay muchos coches, si alguien quiere algo tiene que cargar con ello, por muy pesado que sea.

Cuando llega la noche las personas dejan de acarrear cosas; a esa hora salen de casa sólo para pasear por el pueblo, divertirse, contar historias y charlar con los amigos. Todo el mundo anda por las calles, por el centro de las calles, y si un coche llega cuando alguien está hablando de algo interesante o contando una buena historia, pues el coche tiene que esperar, porque nadie se apartará para dejarle paso hasta que la historia se termine.

Aquí las historias son importantes; los coches, no.

Junto a la playa hay algo que es de verdad muy, muy bonito: es una casa de un solo piso, pero muy grande, con muchas ventanas; está rodeada de flores y palmeras y tiene pavos reales andando por el césped y una puerta de hierro por la que se sale directamente al lago.

Allí nací yo. Bueno, la verdad es que yo nací en una casita que hay detrás de la casa grande. Mi padre era el guardia de la casa grande, y a él y a mi madre les habían dejado la casa pequeña para que vivieran. Después de nacer yo, mi padre quería

salir por las noches con sus amigos, igual que lo hacía cuando todavía no estaba casado con mi madre, y mi madre le decía que no tenían suficiente dinero para eso, así que se pelearon y un día mi padre se marchó.

Me contaron que tomó el autobús y se fue a la capital, que no está muy lejos. Nunca volvió para vernos a mi madre o a mí. La verdad es que yo me acuerdo más de los pavos reales que andaban por el césped de la casa donde vivíamos que de mi padre.

Cuando mi padre se marchó, los dueños de la casa grande contrataron a otro guardia y, claro, quisieron que viviera en nuestra casita, así

que mi madre tuvo que marcharse. Sólo tenía diecisiete años y nada de dinero, ni sabía cómo iba a poder cuidar de mí, así que ella y yo nos fuimos a casa de mi abuela.

El abuelo se murió hace ya mucho tiempo, pero, por suerte, la abuela no es pobre. Tiene una casa hecha de bloques de cemento, las ventanas no tienen cristales, pero tienen puertecillas de madera que la abuela cierra por las noches o cuando llueve. La casa tiene cuatro habitaciones y en las paredes de las cuatro cuelgan muchos cuadros que ha pintado mi tío Miguel; son muy bonitos y él dice que algún día los venderá.

En la parte de afuera, la abuela tiene muchas flores, así que la casa está muy bonita. Claro que lo mejor de todo es que la abuela es la dueña de la casa y del terreno donde está. Guarda los documentos que lo dicen en una caja de hierro debajo de su cama; sabe muy bien lo que dicen porque una persona de su confianza se los leyó, y nadie, gracias a Dios, puede quitarle a la abuela su casa ni el terreno que la rodea.

La casa de la abuela es grande, pero está bastante llena de gente, porque mis tres tíos que no están casados viven con nosotros, y también alguna de mis cinco tías casadas y sus hijos vienen a veces a quedarse

durante un tiempo. Hasta los hijos de sus primos han vivido temporadas con nosotros.

La cosa es que si alguien de la familia se queda sin trabajo o se pone enfermo, o no se lleva bien con su marido, o tiene cualquier otro problema, se viene a vivir con la abuela. Ella se ocupa de todo el mundo hasta que el que sea pueda arreglárselas por su cuenta. Aunque algunas veces se ve claramente que a ella le gustaría que la gente no tardase tanto en arreglar sus cosas y marcharse.

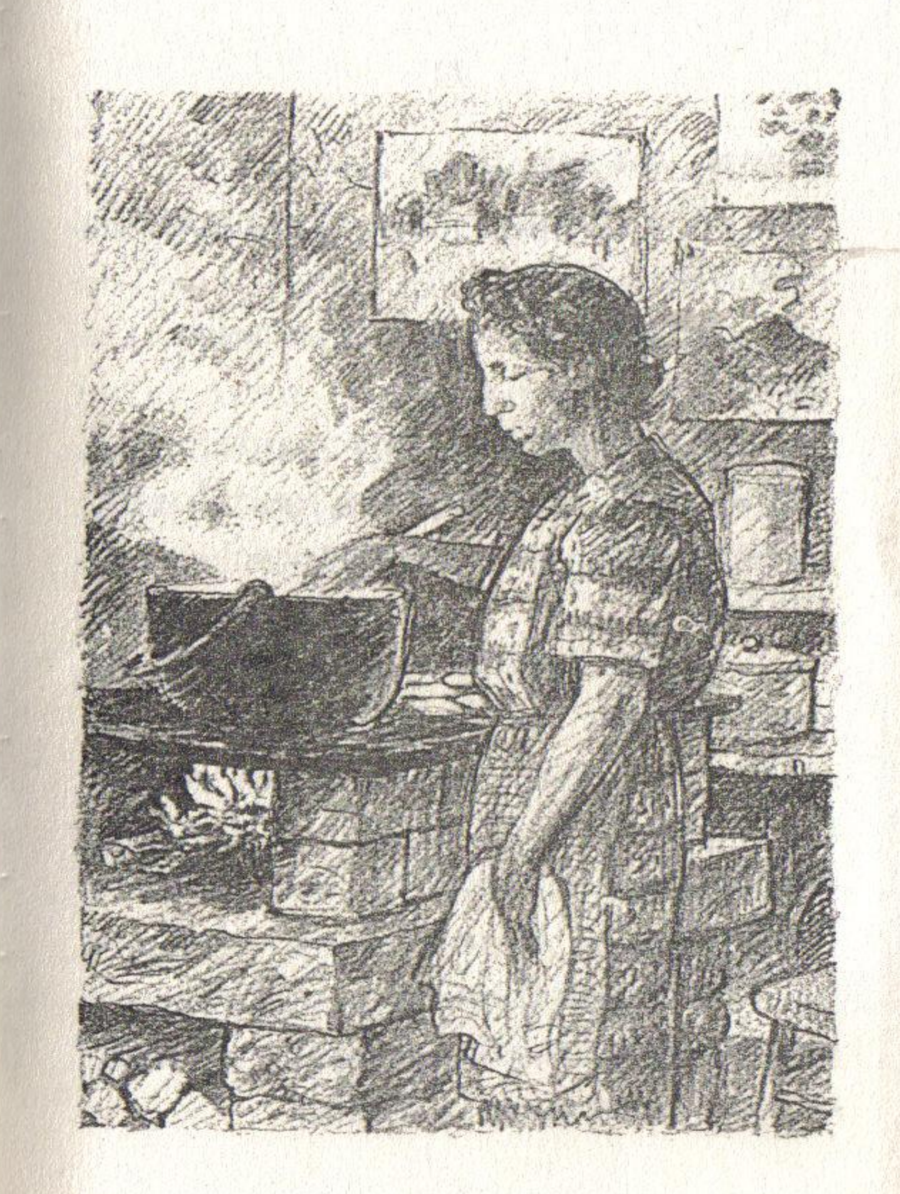
La abuela se gana la vida vendiendo arroz con leche en el mercado grande, donde la gente va cada día a comprar cosas de comer. El arroz con

leche que hace la abuela es especial: no se come con cuchara, se bebe caliente en un vaso. Es un líquido espeso y dulce, y le pone mucha canela. Nadie en el pueblo sabe hacer un arroz con leche como el de la abuela. Se levanta a las cinco de la mañana para empezar a hacerlo. Ha hecho esto mismo casi todos los días de su vida desde que tenía trece años.

Cuando nos vinimos a vivir con la abuela, yo dormía en la misma cama que mi madre y me despertaba cada mañana oyendo los ruidos que hacían los que se estaban levantando.

Oía a tío Miguel que murmuraba entre dientes:

—¿Dónde está mi zapato, mi



zapato, mi zapato...?

Y a mi tía María que regañaba a su hijo Carlitos:

—¿Otra vez te has meado en la cama?

Y a Angélica, la regordeta hija pequeña de mi tía Tina, que lloraba porque no quería meterse en la ducha.

Y me llegaba el olor de la leña quemándose en la cocina, y el del arroz con leche hirviendo en el caldero grande y ahumado, y el de las tortillas que estaban haciéndose para el desayuno. Entonces mi madre y yo nos levantábamos y nos íbamos con nuestras toallas porque era nuestro turno de usar la ducha.

La abuela tiene agua corriente en su casa, pero la mayoría del pueblo no la tiene. Ella dice que la necesita para mantener su negocio de hacer arroz con leche; pero en casa de la abuela no hay electricidad ni agua caliente. Dice que la electricidad y el agua caliente son cosas caras y no necesarias.

2

Así que mi madre y yo vivimos juntos en casa de la abuela durante un tiempo; mi madre ganaba un poco de dinero limpiando casas y lavando la ropa de gente del pueblo en el lavadero que hay detrás de la casa de la abuela.

Por las noches me llevaba con ella a dar un paseo por el pueblo y nos encontrábamos con sus amigos y hablábamos con todos y era divertido.

Una noche, cuando estábamos

paseando, un hombre se acercó a mi madre, sonriendo muy alegre. Dijo:

—¡Qué lindo es tu hijo! ¡Se parece mucho a ti!

Y luego me compró un caramelo y se quedó hablando con mi madre un rato.

Al poco tiempo, cada vez que salíamos de paseo nos lo encontrábamos y se venía con nosotros. Después, una noche invitó a mi madre a un baile, y desde la noche del baile mi madre empezó a dejarme en casa cuando salía. Seguramente porque quería estar sola con él.

Y, de repente, un día me dijo que se iba a casar con aquel hombre que habíamos encontrado en la calle.



Se iba a ir a vivir con él, pero yo no me podría ir con ella porque él no quería. Él quería una familia, pero quería niños que fueran hijos suyos, y, además, no tenía dinero para mantenerme a mí.

Y aquel mismo día, mi madre se fue de casa de la abuela para ir a vivir a casa de mi padrastro, que tenía una casa con una sola habitación. No tenía cama, así que él y mi madre entraron en casa de la abuela y desmontaron la cama en que dormíamos ella y yo y se la llevaron a su casa. La abuela no estaba en casa cuando ellos se llevaron la cama; es casi seguro que ella no les hubiera dejado que se la llevaran.

Cuando se estaban llevando la cama yo les seguí hasta la carretera, pero mi madre me dijo:

—Tú quédate ahí, Juan.

Así que yo me volví a casa.

Después que se fueron, yo no supe qué hacer, así que anduve de acá para allá por la casa todo el día hasta que volvió la abuela y le enseñé la habitación en que había estado nuestra cama.

Se puso muy seria y dijo:

—Así que ahora no tienes cama.

Yo me eché a llorar. Ya es bastante malo no tener padre ni madre, pero no tener siquiera un sitio donde

dormir es todavía peor.

Cuando dejé de llorar, le pedí a la abuela que me dejase dormir con ella, pero me dijo que no.

—Tengo que trabajar muchísimo —me dijo—. Y necesito descansar. Demasiado tiempo he tenido que dormir con niños. Los niños dan patadas.

—Yo no doy patadas —le dije.

—Eso dices tú ahora, pero cuando estés dormido darás patadas —dijo la abuela.

Vio que yo iba a empezar a llorar otra vez.

—Espera un momento —dijo—. Vamos a prepararte algo.

Anduvo rebuscando por la casa

y encontró un montón de sacos de arroz vacíos, los puso amontonados junto a su cama y me dio una de sus mantas. Como a las cinco, antes de la hora de cenar, ya había terminado de preparármelo todo. Creo que ella se había dado cuenta de lo triste que yo estaba porque ya no tenía a mi madre y me sentía abandonado, y pensó que si por lo menos tenía un sitio donde dormir ya no estaría tan asustado.

Entonces me dijo:

—Bueno, nieto, puedes quedarte aquí, pero ya conoces la regla acerca del portón de entrada. Ya sabes que hay que obedecerla sin falta.

—Sí, abuela —le contesté.



Alrededor de la casa de la abuela hay una verja muy alta que tiene un portón de madera con una cerradura que ella cierra todas las noches. Los únicos que tienen llaves, además de la abuela, son mis tíos. Todos los demás tenemos que entrar antes de las ocho y media.

Después de esa hora, la abuela no se levanta para abrir a nadie. Por muy fuerte que alguien llame a la puerta, da igual, ella se hace la sorda. Y tampoco deja que nadie vaya a abrir.

Yo le había dicho a mi abuela que había entendido muy bien lo del portón, pero como yo era muy niño entonces, probablemente no lo entendí muy bien del todo.

Después de la ida de mi madre, empecé a salir solo cuando terminaba de cenar. Nadie se preocupaba por mí, así que yo hacía todo lo que quería.

Una noche, pocos días después de que mi madre se marchara, di un paseo muy largo hasta el lago. Cuando volví a casa de la abuela hacía ya mucho tiempo que se había hecho de noche y el portón estaba cerrado.

No sabía qué hacer y, además, empezaba a tener frío. Yo sólo llevaba pantalones cortos y una camiseta, y, aunque por el día hace calor en San Pablo, por las noches hace frío, porque estamos a mucha altura y entre montañas.

Lo único que se me ocurrió fue ir en busca de mi madre. Yo sabía dónde estaba la casa de mi padrastro, así que decidí ir allá. Cuando llegué, vi a través de la ventana una vela encendida. Nadie se acuesta o sale dejando una vela encendida, porque puede arder toda la casa, así que yo estaba seguro de que había alguien despierto adentro.

No llegaba bien hasta el borde de la ventana y no podía ver quién era el que estaba, así que puse una piedra bajo la ventana y me subí encima. Vi a mi madre; estaba sola.

Llamé en la puerta una vez, tan suavemente que no me oyó, luego llamé otra vez más fuerte.

Mi madre abrió la puerta, sólo una rendija, y me vio. No dijo más que:

—¡Tú!

Ella sabía desde siempre la costumbre que tenía la abuela con lo del portón, y también lo tarde que era, así que comprendió que no había podido entrar en casa.

Se quedó un momento en la puerta; luego me dijo:

—Entra.

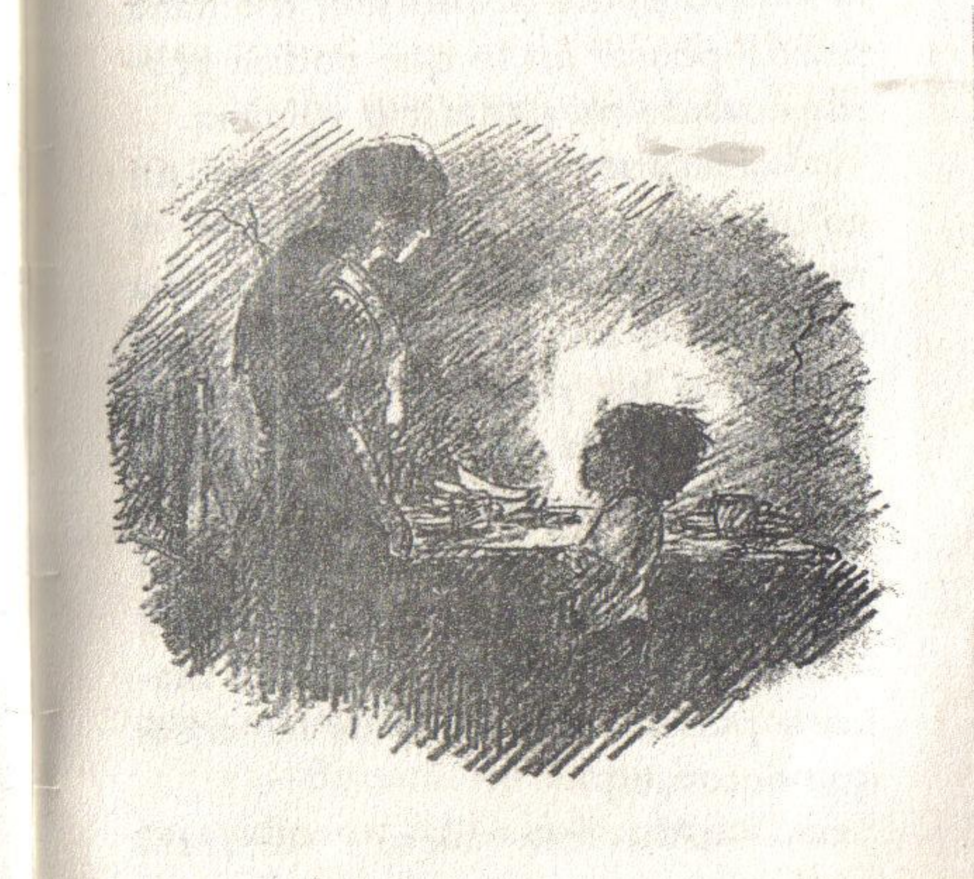
Vio que yo estaba temblando; algunas veces no se tiembla sólo de frío.

Dentro de la casa había una mesa con la vela, dos banquitos, dos platos, dos tazas y unos plátanos. Había unas pocas ropas colgadas de

clavos en la pared y una alfombrilla en el suelo, y la cama, claro. Eso era todo. La habitación estaba muy vacía; lo que más me hubiera gustado es que tuviera otra puerta por la que yo pudiera escapar si mi padrastro entraba por la puerta delantera.

—Te puedes quedar aquí —me dijo mi madre—, pero si tu padrastro te ve cuando vuelva, se pondrá furioso y te pegará. Tienes que esconderte debajo de la cama y dormir ahí.

Así que me arrastré debajo de la cama bien pegado a la pared para que no me viera, y mi madre sacudió la alfombrita para limpiarla un poco y me tapó con ella.



No podía dormirme; me daba miedo pensar en lo que podría ocurrir cuando mi padrastro volviera.

Después de un rato, sonó un golpe muy fuerte en la puerta y mi madre abrió. Desde donde yo estaba lo único que pude ver fueron las piernas y los pies de mi padrastro entrando en la casa. Luego oí que besaba a mi madre.

—El tipo ese apareció por fin y me pagó el dinero que me debía —dijo mi padrastro—; así que mañana puedes ir a comprar las cosas que necesites.

—¡Ah, muy bien! —dijo mi madre.

Luego hablaron un poco sobre

las cosas que iban a comprar para la casa.

—La vela se está acabando —dijo mi padrastro—, es hora de echarse a dormir.

Vi cómo sus pies se acercaban y se acercaban; la cama crujió cuando se sentó encima. Se quitó los zapatos y puso los pies descalzos sobre el suelo.

—¿Dónde está la alfombrita? —preguntó.

—La he lavado, está fuera —contestó mi madre—. Aún no está seca.

—Bueno, no importa —dijo mi padrastro, y los dos se acostaron.

Yo me dormí.

3

Por la mañana, mi madre me despertó muy temprano, antes de que se despertara mi padrastro. Salí arrastrándome de debajo de la cama sin decir nada y con todo cuidado para no hacer ningún ruido. Mi madre sacó el pestillo y yo caminé de puntillas hasta la puerta.

—Acuérdate —me dijo mi madre en un susurro—, ¡no debes volver aquí nunca más!

Cerró la puerta y yo me fui

corriendo por la carretera hasta la casa de mi abuela.

—¿Dónde has estado? ¿De dónde vienes? —me preguntó la abuela.

—De la casa de mi madre.

—¿Y qué ha pasado? —quiso saber ella.

—Nada —le dije—, sólo que no puedo volver allí nunca más.

Y yo creía de verdad que nunca volvería; pero al llegar la noche mi abuela me agarró de la mano y me dijo:

—Ven conmigo.

Y los dos fuimos hasta la casa de mi madre.

La abuela llamó a la puerta, despacio, tres veces.



Mi madre abrió la puerta. Vimos a mi padrastro detrás de ella, sentado en la cama; se puso de pie en cuanto vio a la abuela.

—Hola, madre, ¿cómo estás? —dijo mi madre.

Ella y mi padrastro parecían muy nerviosos, pero la abuela estaba tan tranquila.

—Yo estoy bien, como siempre —dijo la abuela—, pero el niño necesita una cama, y a ustedes les toca conseguírsela.

Se dio la vuelta, me puso una mano en el hombro y nos fuimos.

Y me consiguieron una cama; a la semana siguiente, ellos mismos me la trajeron a casa de la abuela.

Era de madera, estaba un poco coja porque las patas no eran igual de largas, pero mi tío Luis pidió prestada una sierra y me la arregló.

Después de eso yo sólo veía a mi madre algunas veces por casualidad en la calle. Ella me decía siempre:

—Hola, Juan, ¿cómo estás? —como si yo le importara algo.

Yo sólo le contestaba:

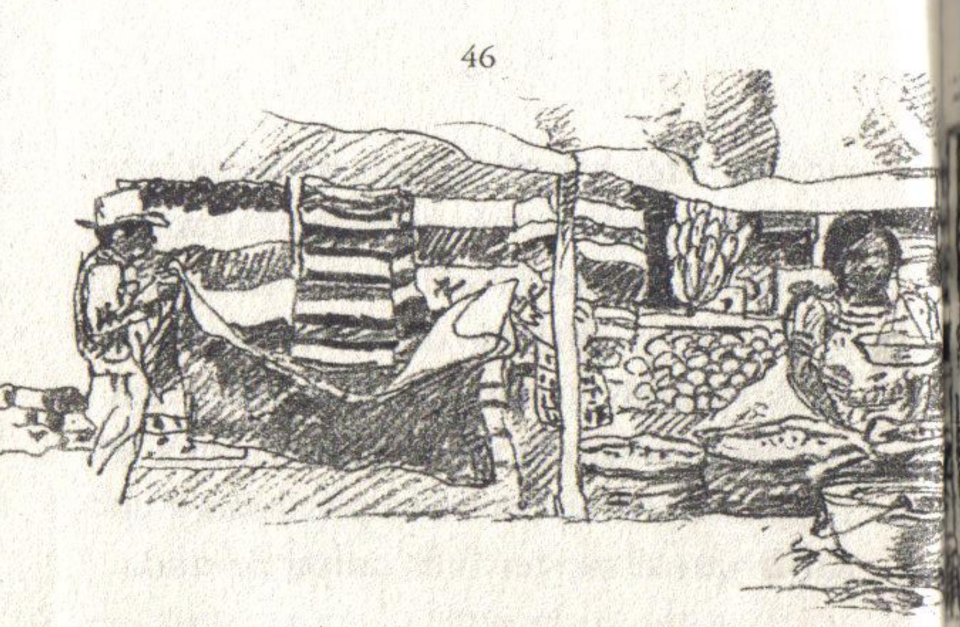
—Estoy bien, madre —y nada más.

Un día, cuando me la encontré, me di cuenta de que estaba esperando un niño, y unos pocos meses después el niño nació. Así que tuve un medio hermano, claro que él ni

siquiera se enteró de que yo existía.

Cuando le vi una vez jugando en un lado de la calle me entraron ganas de pegarle y tirarle al suelo y darle patadas, porque él tenía a mi madre y yo no la tenía; pero nunca le pegué. Era sólo un niño pequeño y yo sabía que él no tenía la culpa de nada.

Bueno, y de todas formas, mi vida no era tan mala. Jugaba al fútbol en la calle con mis primos y los otros chicos del barrio. Mi tío Rodolfo me enseñó a dar saltos mortales hacia adelante y hacia atrás y mi tío Miguel me dejaba algunas veces pintar con sus pinturas. Algunas pocas veces salía por las noches a



pasear con mis tías como antes hacía con mi madre.

Y otra cosa que también hice fue ayudar a mi abuela a vender arroz con leche en el mercado. Aprendí a servirlo, a cobrarlo y a devolver el cambio, y también a vigilar que nadie se fuera sin pagar cuando la abuela estaba distraída.

Después de que trabajé unos cuantos días con la abuela ella me dijo que creía que ya estaba preparado para tener un negocio por mi cuenta. Me compró un equipo de limpiabotas y una banqueta para que se sentaran los clientes y me enseñó a lustrar zapatos.

Entre los dos pensamos dónde me convendría instalarme para conseguir más trabajo, y decidimos que sería junto a la Oficina de Turismo donde estaba la enorme foto de San Pablo que tenía cosas escritas debajo.

Los primeros días la abuela me vigilaba. Los zapatos de los dos primeros clientes los lustré muy bien, los del tercer cliente me quedaron un poco menos bien.

—Bueno, no importa —me dijo el hombre—, están bien así —y ya iba a pagarme.

Pero la abuela dijo:

—No, no están bien. Tiene que hacer un buen trabajo cada vez y todas las veces. Si no lo hace, no será

capaz de ganarse la vida.

—Tiene usted razón —dijo el cliente.

Así que lustré sus zapatos hasta dejarlos perfectos.

—¿Serás capaz de hacerlo así siempre? —me preguntó la abuela.

Le dije que sí, y entonces ella se marchó otra vez al mercado a vender su arroz con leche.

Lustré muchísimos zapatos, y muy pronto ya me estaba ganando un dólar diario. Los hombres sólo ganan dos dólares al día, de modo que yo no lo estaba haciendo nada mal.

Mientras lustraba sus zapatos hablaba con mis clientes, les preguntaba que dónde vivían y lo que

hacían, y si tenían hijos. Trabajar era divertido. Todo el dinero que ganaba se lo entregaba a la abuela, y siempre que lo hacía ella me abrazaba sonriendo y me daba un beso y diez céntimos para mí.

4

Sólo había una cosa que, a veces, me hacía sentir un poco triste, y era cuando veía que pasaban cerca de mí niños que iban a la escuela. Yo me pasaba el día sentado entre el polvo, manchado de betún, y ellos iban limpios y bien peinados con sus lápices y sus cuadernos camino de sus clases.

Hay muchos niños que no van a la escuela porque sus padres quieren que trabajen. La ley dice que

todos los niños tienen que ir a la escuela hasta que cumplan doce años; pero la verdad es que en la escuela no hay sitio para todos, así que nadie los obliga a ir.

La mayor parte de los niños que trabajan lo hacen en el campo, en las plantaciones de cebollas, así que yo me sentía muy solo cuando veía pasar a los niños que iban a la escuela.

Después de un tiempo, empecé a preguntarme por qué mi abuela no me habría mandado a mí a la escuela. Y se me ocurrió pensar en que si me quisiera de verdad me habría mandado a la escuela en vez de tenerme limpiando zapatos.

Quería pedirle que me dejara ir a la escuela, pero me daba miedo decírselo. Temía que me dijera que no. Porque entonces yo me daría cuenta de que no me quería por mí, sino porque estaba ganando dinero para ella.

¿Y si ella era como mi padre y mi madre y mi padrastro, que nunca se preocuparon por mí, y yo me daba cuenta de que no me quería y sólo estaba fingiéndolo?

Después acabé por decirme que mi abuela era buena; que ella no tenía la culpa de tener más necesidad de dinero que yo de escuela; al final, decidí que no necesitaba la escuela para nada, que yo solo aprendería a leer.

Preguntaba a mis clientes qué letras eran las que aparecían en los letreros de los carteles; y muy pronto ya pude leer: COCA-COLA, BANCO DE GUATEMALA, OFICINA DE TURISMO, y hasta lo que estaba escrito debajo de la foto de San Pablo.

Cuando se me acabaron los carteles de los alrededores, alguien me dio un periódico y los clientes me ayudaron.

Corté el periódico y siempre llevaba una página en el bolsillo de atrás de mi pantalón cuando iba a trabajar. Poco a poco empecé a ser capaz de leer casi todo. Cuando estaba solo allí sentado esperando a los clientes me ponía a pensar en qué



estarían haciendo los chicos en la escuela, y si mi abuela me querría de verdad. Entonces era como si la vida se detuviera, porque eso era lo único en que podía pensar.

Y finalmente decidí que no tenía más remedio que hacerlo, quiero decir, preguntarle a mi abuela lo de ir a la escuela. Le pedí a un amigo mío, Roberto, un huérfano que vive en la calle, que me guardara mi caja de limpiabotas, y me fui al mercado para hablar con la abuela.

Se quedó muy sorprendida cuando me vio porque creía que a aquella hora yo estaba trabajando.

—¿Qué pasa, Juan? —me preguntó.

Y yo le dije:

—Abuela, quiero ir a la escuela.

—¿A la escuela? —me dijo, tan asombrada como si yo le hubiera dicho que quería irme a Marte—. No puedes ir.

—¡Sí que puedo! —dije yo—. Todo lo que tienes que hacer es llevarme.

Yo había pensado que si ella me decía que no, yo lo aceptaría, pero no lo hice.

—Eres muy pequeño —me dijo—, sólo tienes cinco años.

—Abuela, no tengo cinco, ¡tengo siete!

Éramos tantos los que vivíamos con ella, que había perdido la cuenta

de los años que yo tenía.

—¿Que tienes siete? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? Son muchos y no puedo acordarme de la edad que tiene cada uno; debiste habérmelo recordado en su momento. ¿Y cuánto tiempo hace que tienes siete años?

Y me lo preguntó como si sospechara que yo le había jugado una mala pasada cumpliendo siete años.

—Seis meses —le dije.

—¡Y has dejado pasar todo ese tiempo sin decirme nada!

—Era tan importante para mí que no podía hablarte de ello.

—¡Justamente porque es importante para ti es por lo que deberías

haberme hablado de ello! —dijo la abuela—. Tienes que luchar por tus cosas, y no importa si pierdes. Lo que importa de veras es que no dejes nunca de batallar por conseguir lo que de verdad quieres. Desde luego —continuó—, hablo de cosas importantes, no de algo como agua caliente o electricidad. Bueno, y si es verdad que ya tienes siete años, debes ir a la escuela. Tendrías que haber estado yendo desde hace ya mucho tiempo.

5

A la mañana siguiente, cuando me vestí, no me puse mi ropa de limpiabotas, sino mi ropa más limpia, y, antes de que empezaran las clases en la escuela, la abuela y yo fuimos a ver a la maestra de primero, doña Irene.

—Quiero entrar en la escuela —le dije.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Siete y medio.

—Pues sí, ya tienes la edad, pero no puedes empezar ahora. Entrarás el próximo año —dijo doña Irene.

Me despidió con una sonrisa y se puso a mirar unos papeles que tenía sobre la mesa.

Mi abuela no se movió.

—Tiene grandes deseos de entrar a la escuela —dijo.

Doña Irene levantó los ojos educadamente y la miró como para reprocharle que no se hubiese enterado de lo que había dicho y que no nos hubiéramos retirado ya.

—Tiene un retraso de tres meses. Los otros niños están ya estudiando aritmética.

—¡Mi nieto sabe aritmética, ha trabajado conmigo en el mercado!

—Los otros ya empiezan a leer un poco —dijo doña Irene—. Este chico nunca podrá alcanzarlos.

—Está preparado para entrar en la escuela, les alcanzará —afirmó mi abuela.

Doña Irene estaba seria y miraba a mi abuela fijamente, como para hacerle comprender que era ella y no mi abuela la que mandaba en la escuela.

—No —dijo doña Irene.

—¡Yo *sé* leer! —dije.

Saqué una página de periódico de mi bolsillo de atrás y empecé a leer en voz alta.

Doña Irene me miró muy sorprendida.

—Bueno, en ese caso... —dijo.



Así que me admitieron en primero. Iba a la escuela desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde. Después limpiaba zapatos.

Tenía dinero para comprar libros y cuadernos y todo lo demás que necesitaba, porque la abuela había guardado para mí, en su caja de hierro, todo lo que había ganado como limpiabotas.

6

Al cabo de dos meses, doña Irene me dio una nota para que se la llevase a la abuela. Se la mostré después de la cena y ella le pidió a mi tía Tina que se la leyera, aunque yo le había dicho que yo podía hacerlo.

—No, Juan —me dijo la abuela—, habla de ti, así que no eres tú el que debe leerla.

La nota decía que los maestros querían, si a la abuela le parecía bien, pasarme a segundo. Doña Irene

decía que nunca habían tenido un alumno como yo, que hubiera aprendido a leer solo antes de empezar a ir a la escuela. Decía que sería una tragedia que un alumno como yo tuviera que dejar los estudios, y que si en algún momento mi abuela no pudiera seguir mandándome a la escuela, los maestros me costearían los estudios.

Cuando mi tía Tina dejó de leer me miró como si antes no me hubiera visto bien en su vida y como si quisiera descubrir ahora qué era lo que yo tenía de especial y no pudiera verlo, así que se rindió.

—Bueno, pues enhorabuena —dijo.

Pensé que la abuela también me iba a felicitar. Pero lo que hizo fue echarse a llorar y abrazarme.



Y dijo:

—Cuando yo tenía siete años,
maestros iban de casa en casa
ra matricular a los niños en la
uela, pero al llegar a mi casa no
vieron porque mis padres me
bían escondido en la leñera. Yo
raba por entre las rendijas de la
dera y escuchaba. Mis padres
eron a los maestros que no tenían
gún hijo en edad escolar, ningu-
. Lo hicieron porque temían que
o iba a la escuela no aprendería a
bajar. Lo hicieron por mi bien, y
no me quejé nunca, aunque siem-
he sabido que fue un error.

Se secó los ojos y me aseguró que
ayudaría en mis estudios, incluso si

yo llegaba a ir a la Universidad de la capital. Mientras ella viviera, me ayudaría, siempre que yo hiciera todo lo posible por mi parte.

Me miró como si yo ya fuera un hombre y me dijo que quizá a fuerza de estudiar llegaría yo algún día a descubrir por qué algunas personas eran pobres y otras ricas, y por qué algunos países eran ricos y otros pobres, porque ella había pensado mucho en ello y nunca había conseguido comprenderlo.

Me sentí muy orgulloso, pero también algo asustado, porque la verdad era que había llegado casi por casualidad a aprender a leer yo solo, pero eso no significaba que yo fuera tan listo.

Le dije a la abuela:

—A lo mejor no soy siempre
paz de hacer algo fuera de lo
mún.

—No tienes que hacer siempre
as fuera de lo común; lo que tienes
hacer es hacerlo todo de la mejor
nera que puedas, eso es todo.

Estaba satisfecho de mí
smo, pero no estaba seguro de si
iba a gustar hacerlo todo siempre
la mejor manera posible. Se me
rrió pensar que aquello podía lle-
a ser bastante fastidioso. Si la
te empezaba a esperar demasiado
mí, iba yo a tener que trabajar
s y más cada vez.

—Creo que me pides más que

doña Irene y los otros maestros. Ellos no esperan tanto de mí —le dije.

La abuela me miró muy seria.

—Ellos no te quieren tanto como yo.

Luego añadió:

—Ven, vamos a dar un paseo.

Se puso su mejor rebozo y nos fuimos juntos a la calle. Ella caminaba como lo hace siempre, más alta y más derecha que nadie, y yo iba a su lado con mi brazo alrededor de su cintura.

Fuimos hasta la Oficina de Turismo. Allí nos paramos delante de la foto de San Pablo donde se veían las casas de nuestro pueblo, unas rosas, otras azul turquesa y

unas verde pálido, y detrás de
as el lago azul y los volcanes y los
arpados montes.

La abuela miró lo que estaba
rito debajo de la fotografía, luego
tocó con su mano.

—¿Qué dice aquí? —preguntó.

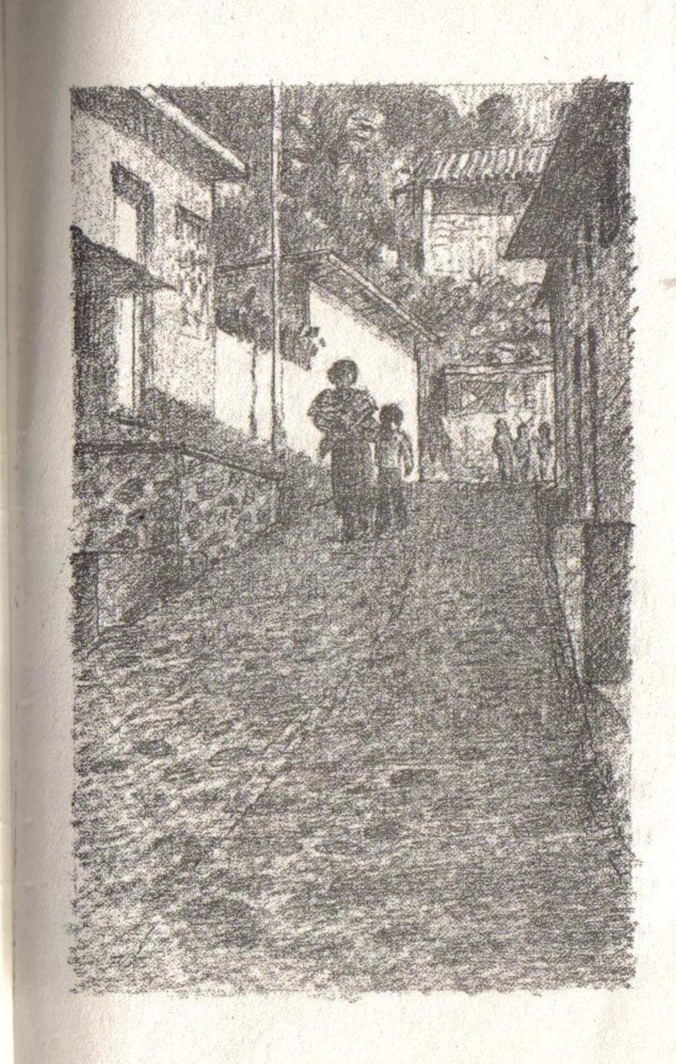
Se lo leí:

—El Lugar Más Bonito del
ndo.

La abuela pareció sorprenderse.

Y yo empecé a pensar si de ver-
l San Pablo sería el lugar más
nito del mundo. No estaba seguro
si la abuela habría estado en algún
o lugar, pero aun así, pensé que
sabría si lo era.

—Abuela, ¿lo es? —pregunté.



—¿Es qué?

—¿Es San Pablo el lugar más bonito del mundo?

La abuela me miró pensativa:

—El lugar más bonito del mundo puede ser cualquiera —me respondió.

—¿Cualquiera? —repetí.

—Cualquiera en el que puedas llevar la cabeza alta y en el que te puedas mostrar orgulloso de ti mismo.

—Sí —asentí.

Pero me quedé pensando que allí donde hay alguien a quien se quiere muchísimo y donde hay alguien que nos quiere de veras, ése sí que es el lugar más bonito del mundo.

